

Emilio Cuervo Márquez

José Asunción Silva, su vida y su obra

(Conferencia dictada en la Sorbona de París)

(Conclusión)

¿Qué era Silva? ¿En qué creía? ¿Cuáles fueron sus reacciones ante el medio? ¿Qué parte se asignó en la vida? El se encarga de responder a éstas preguntas en *Carta abierta*

«... Es que usted y yo, señora, más felices que los otros que pusieron sus esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el ministro incapaz, en la sementera malograda o en el papel moneda que pierde su valor, en todo eso que interesa a los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos al atravesar el desierto los mirajes del cielo a las movedizas arenas, donde no se puede construir nada perdurable; en una palabra, es que usted y yo tenemos la chifladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chifladura moriremos... Los dos hemos escogido en la vida la mejor parte, la parte del ideal, la parte de María, y mientras que Marta prepara el banquete y lava las ánforas, nosotros sentados a los pies del maestro, nos embelesamos oyendo las parábolas».

Al abordar aquí el origen mismo de su drama interior, más intenso que el de su muerte, preciso es dar una ojeada al escenario en donde en suerte le tocó representar su papel. Ya tuve ocasión de apuntar el lento desenvolvimiento de las transformaciones naturales. Las sociedades en su marcha no escapan a esa regla: la evolución de su idiosincrasia es también lenta y no se precipita por el progreso. Pueden cruzar los aviones el espacio y las ondas inundar de armonías la choza perdida en lo más cerrado de la montaña: tan magnas realizaciones tendrán poca influencia sobre los espíritus. Si el progreso de que disfruta la humanidad, de cincuenta años a esta parte, ha ejercido alguna influencia sobre su mentalidad, es tan limitada que apenas alcanzamos a apreciarla. El temperamento de una ciudad no varía fácilmente, al igual de lo que ocurre en el hombre.

Al finalizar el siglo XIX poca diferencia había entre el Bogotá de esa época y el Santafé del siglo XVII: la misma distancia abrumadora de todo centro civilizado, propicia para el establecimiento de una rancia dictadura sobre las conciencias y obstáculos a la difusión de la cultura general; las mismas escalas sociales: arriba, una sociedad refinada, abajo, la gran masa ignara que se movía como una marea a la voz de los caudillos; el mismo ambiente de convento y de salón de baile, de cuartel y de academia, de insubstancialidad y de aticismo; la misma censura en las ideas; la misma pobreza mental en la enseñanza, y para repetir la frase de Arguedas «el mismo cansancio de la vida de ciudad pequeña donde ningún hombre es de veras libre».

Sólo la imaginación de Wells podría concebir el trasplantar a Byron, en su integridad psíquica, a la Ginebra de Calvino. Cómo concebir a Silva, que había visitado Londres y París en su época más brillante, cuyo cerebro se había nutrido en Renán, en Wilde, en Baudelaire, transportado en la máquina para recorrer el tiempo al Santafé del virrey Eslaba?..... Y sin embargo, y por inverosímil que parezca, tal fué lo que aconteció. Ni el comercio de ideas que él mantenía con reducido número de amigos,

ni el esplendor de nuestra naturaleza, ni la hermosura de nuestras mujeres, ni la belleza incomparable de nuestras noches, lograron colmar la ansiedad de su alma solitaria y atormentada.

De otro lado, no debe olvidarse que en aquel entonces, más que hoy el escritor estaba divorciado del público por falta de vehículo que sirviera de transmisor de ideas: el periodismo, que no conocía el desarrollo actual, era escaso y dedicado a conducir campañas de política doctrinaria o candente, como reflejo del estado de los espíritus tras de repetidas luchas civiles; el libro, en general, y en especial el de autor nacional, carecía de mayor circulación; revistas como el *Papel Periódico Ilustrado*, fundado por Alberto Urdaneta quien dejó en esa simpática empresa su fortuna personal, y el *Repertorio Colombiano*, de incierta aparición como que su edición era costeadada por sus colaboradores, habían naufragado en la bancarrota: y ¿cómo hubiera podido ser de otra manera? El poeta debía contentarse con recitar sus versos en cenáculos de amigos o con publicarlos en hojas de vida efímera, que hoy eran y mañana desaparecían en el olvido.

El desequilibrio entre Silva y su medio parece que estaba, como se ve consumado. Pero no era esto todo. Silva, que poseía muchas relaciones, carecía de amigos. Los que hubieran podido serlo por su elevada posición social, eran en lo general jóvenes que no entendían de literatura, a quienes poco interesaban—salvo algunas de las *Gotas Amargas*—los versos de aquel tipo un tanto excéntrico que no gustaba de licor, que no había aceptado el hacerse socio del Jockey Club, que no daba puñetazos y que era incapaz de montar un potro bravío y de ganar la carrera de honor en el hipódromo de La Magdalena. Los que pudieran haberlo sido por confraternidad literaria o eran viejos maestros que habían segado sus laureles en los huertos clásicos, miembros de la Academia Colombiana de la lengua correspondiente de la Real Española, y que miraban con desconfianza al joven innovador que ya se había encargado de proclamar que los críticos, oh manes de Tamayo y Baus! no lo entenderían; o era jóvenes llenos de

talento, representantes del chiste bogotano, que hacían chispeantes epigramas y hablaban de literatura en fumosos bodegones, en torno de la mesa guarnecida de copas. En cuanto a las mujeres, oh, no todas felizmente! Que juzgaban a Silva afeminado—no obstante su negra barba que él acostumbraba acariciar con su mano blanca, en tanto que de soslayo se miraba en el vecino espejo—se mordían los labios al oírlo recitar, con el ritmo onomatoyéyico que le era peculiar, *los Maderos de San Juan* o el *Día de Difuntos*. Inútil decir que los banquetes desconfiaban de aquel comerciante desesperanzado que había escrito *Psicopatía* y *Mal del Siglo*, y con palabras amables, pues eran sus amigos, le negaban nuevos créditos.

De esta suerte, Silva sintió poco a poco que el vacío se hacía a su alrededor, que él era como extranjero en su propia ciudad, ya que nada le interesaba de lo que constituía el motivo de vivir de sus paisanos. El medio ambiente, que no oxidó las cuerdas de la lira ni puso puntos trágicos en la vida de Caros, Ortices, Fallons y Pombos, terminó por asfixiar a quien no pudo asimilarlo. Silva, entonces, se refugió más que nunca en su mundo interior, en el afecto de los suyos, en el cultivo de los libros, en una intensa producción, y tuvo como amigos, a más de alguno que a justo título ocupa hoy el primer puesto en la crítica literaria colombiana, a tres o cuatro muchachos recién salidos de la Universidad, en cuyo número me cuento.

En nuestra amistad con Silva hubo una parte de sincero afecto personal y otra de admiración por su obra literaria. Nos veíamos con frecuencia. Era hoy en matinal paseo al jardín de San Diego, en donde sentados en un banco, a la sombra del salvio que le ha sobrevivido, nos recitaba la última poesía retocada en la noche, o disertábamos «sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero» a propósito del último volumen recibido por la Librería Nueva. En otras ocasiones, al azar de un encuentro callejero, nos daba cita para la noche en su residencia de la calle 12. ¡Cuán lejos se me aparecen ahora, después de tantos años y desde mi

retiro de París, aquellas deliciosas tenidas! Aun veo el amplio cuarto de estudio. Discreta luz, mullida alfombra, un diván de seda roja. Contra los muros, anaqueles con libros. Al frente, una reproducción de arte de la *Primavera*, de Botticelli. En el centro, el amplio escritorio sobre el cual se veían algunos bronce, el bade de tafilete rojo con el monograma en oro del poeta, algunas revistas extranjeras. Diseminados aquí y allá, sillones de cuero y gueridones con imponente cantidad de ceniceros, pues quienes allí nos reuníamos, a comenzar por el dueño de casa, éramos fumadores empedernidos. Después de media hora de charla, Silva daba comienzo a la lectura. Previamente se había graduado la luz de la lámpara y se había puesto a nuestro alcance un velador en el cual invariablemente se veían una caja con cigarrillos egipcios, algunas fuentes con sandwiches, un ventrudo frasco con vino de Oporto—que debo confesar no era producto Gilbey—y tres copas: Silva no bebía nunca ni vino ni licor; en cambio, fumaba de manera aterradora.

Aun me parece verlo y oírlo en aquellas inolvidables lecturas. Bien se tratara de uno de los *Nocturnos* o de un capítulo de los *Cuentos Negros*, su bien timbrada voz variaba de inflexión según el ritmo del verso y de su sentido o del diálogo entre sus personajes, marcando los adjetivos, como para hacer resaltar su justicia. Poco a poco su voz se animaba. Una atmósfera de vida rodeaba sus creaciones, y en tanto que la lectura avanzaba y que una a una se doblaban las páginas del manuscrito, extendido en aquella hermosa letra pareja y arcaica que no varió nunca, nosotros vivíamos la vida de sus personajes y bebíamos la emoción de sus versos.

A su conjuro, la maravillosa Alhambra de su fantasía se poblaba de visiones: dulces niñas pálidas o enfermas; mujeres de ensueño de frente pensativa y de olor de resedá, o devoradas por infinitas amarguras; hidalgos de espadín y gola; novias envueltas en diáfanos cendales; seres devorados por el mal de pensar, hermanos de Werther, de Rolla y de Mangfredo, y otros, como

don Juan, calaveras sin dios, ni rey, ni ley, perdidos en crápulas y excesos; priores de convento; extraños sabios alemanes; emperadores de la China que vagaban con Juan Lanas, el mozo de cordel, con Cenicientilla y con el pobre Juan de Dios... Hasta las altas torres del palacio encantado suben acordes de serenatas, rumor de furtivos besos, gemir de distantes campanas cuyo eco pasa sobre húmedos bosques otoñales... Poco a poco en los cuartos se van despertando los duendes dormidos y la sombra se puebla con los personajes de los tenebrosos cuentos infantiles:

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones oscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas
y el lobo que marcha con Caperucita.

Y ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque...

A las dos, muchas veces a las tres de la madrugada nos retirábamos de casa de Silva, deslumbrados por tanta obra maestra, sintiendo por él la más ingenua y sincera admiración. Silva lo sabía, comparaba nuestro entusiasmo con la frívola e impertinente indiferencia con que más de una vez fué escuchado, y se mostraba satisfecho de encontrar en nosotros, estudiantes de veinte años, auditorio fiel según sus deseos.

En alguna ocasión sugerí a Silva que escribiera una novela con argumento netamente bogotano, empleando la técnica mo-

derna: los *Cuentos Negros* se desarrollaban, por lo general, en atmósfera extranjera. Quedó pensativo, se acarició la barba y me dijo:

—Imposible, viejo! ¿Sabes lo que acaba de pasarme? Hace unos días tuve la tontería de escribir unas páginas para el *Album del Padre León*, que se publicaron, como viste. En ellas para marcar el contraste entre Santafé y Bogotá, imagino al padre León, en tarde de lluvia, cubierto por su inmenso paraguas, bajo un foco de luz eléctrica, al tiempo que pasa el cupé, tirado por una pareja de briosos alazanes, de un ministro del despacho. Y supuse que era ministro el dueño del cupé pues no podía serlo un escribiente de juzgado. Para acentuar más el contraste entre el ayer, representado por el padre León, y el hoy, por el ministro, entre la pobreza de! uno y la ostentación del otro, me aventuré a escribir que el ministro se había ganado no sé cuántos miles de libras esterlinas en un negocio con el gobierno. Francamente te confieso que jamás pensé en una señoría de carne y hueso al escribir mi artículo... ¿Y sabes lo que ha pasado? Que X. X, que es ministro, que tiene coche—aunque no cupé—y que es mi amigo, se ha considerado aludido y me ha quitado el saludo. Creo que él no me haya leído, pero todo el mundo ha corrido a donde él con el chisme, lo que es peor. ¿De donde sacarías los personajes para una novela bogotana, salvo que se trate del *Alferez Real*, si no miras a tu alrededor, para que tengan vida y se muevan como tú y yo? Novela bogotana, teatro bogotano, imposible! Hay que esperar para ello que Bogotá tenga medio millón de habitantes. Aquí todos nos conocemos.

Por esa época, precisamente el 6 de enero de 1892, murió en plena juventud Elvira, la hermana del poeta. Su radiosa belleza, comparable a la de un botón de rosa, iba de par con sus condicio-

nes morales: dulzura, viva inteligencia y esa virtud rara e indefinible, la simpatía, sin la cual la hermosura de la mujer aparecerá orgullosa. Ante su blanco ataúd, cubierto de camelias y de orquídeas, hubiera podido evocarse la estrofa del poeta:

A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

La muerte de Elvira sumió el hogar del poeta en legítima desesperación, que duró largo tiempo. En ella perdía José Asunción no solo una hermana queridísima, sino un confidente y un amigo, el más noble y desinteresado, después de su madre, que en la soledad de su vida, que ya conocemos, él pudiera encontrar. Algún escritor extranjero—cuyo nombre quiero olvidar—que ni conoció a Silva, ni a Elvira, ni ha estado en Bogotá para allí documentarse, ha osado afirmar, en escrito que ha levantado polvareda de escándalo, y mostrándose mediano psicólogo, que José Asunción estuvo enamorado de su hermana con amor de pecado. ¿Con qué fundamento crítico? En qué puede basar el escritor su afirmación, que menos mancha al poeta que a su hermana, ya que en ese camino también puede sugerirse que él fué correspondido? Aun suponiendo que el inmaterial *Nocturno*—principal prueba aducida por el articulista—hubiera sido inspirado por la memoria de Elvira y consagrado a su recuerdo, no se puede, en sana crítica, atribuir a aquel poema el sentido que se le presta: basta leerlo. Más bien pienso que el *Nocturno* es grito de dolor abstracto, como suelen serlo los de los poetas, cuya inspiración vino a su autor en el trágico estado de alma que siguió a la muerte de su hermana. Aquel poema no puede ser considerado sino como cristalización de un dolor de artista, y a la infinita amargura que lo inspiró, real o imaginaria, no se le puede poner nombre determinado. ¿La Bashkirtseff, Elvira, otra mujer, nadie, tal vez? Fácilmente concibo que Silva admirara la belleza de su

hermana: El era un artista y ella supremamente hermosa, ¿por qué no? ¿Qué ley moral o qué código de honor puede prohibir al hombre el admirar la hermosura en su hermana, o en su misma madre? Mas, es sacrílego el investigar el origen de un dolor y el arrojar sobre una tumba no flores sino escoria, como lo ha hecho el escritor en que me ocupo. Pero debemos perdonarlo: él ha incurrido en el pecado de ligereza, lo que merma sus títulos de historiador y de literato.

He creído que la mujer ocupó limitado espacio en el alma de Silva y dudo que hubiera conocido las delicias y las agonías del amor. Nadie supo que una mujer determinada hubiera hablado a sus sentidos o a su corazón, ni nadie lo vió en correrías galantes, comunes a jóvenes de su edad. Las imágenes de mujeres que surgían en su imaginación, tienen los contornos imprecisos e irreales de Berenice, de Leonora, de Ligeia. Cuando habla de amor, se adivina que tal sentimiento es sólo en él un espasmo cerebral o una exaltación de artista. Más que la mujer y el amor, que en su obra en prosa y verso vemos mezclados con el análisis, con el sufrimiento y con la muerte, preocupan al poeta la inanidad del vivir, la melancolía del recuerdo, la angustia de lo desconocido, las ficciones que pueblan los sueños de la infancia, lo que dicen las campanas al gemir en el día de difuntos, lo que sugieren «las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color» y la historia que en voz leda ellas le cuenta y que el poeta nos repite, y que tiene obscuridad de telarañas son de laúd y suavidad de raso.

Para penetrar el secreto del alma de Silva, faltará a su biógrafo la llave de oro que abriría el cofre de su yo más profundo: unas cartas de amor. Ellas no existen. Silva no las escribió nunca. No tenía a quien escribirlas. El hablaba con sus amadas ideales, Heloissas y Margaritas, Beatrices y Lauras, que habitaban castillos de leyenda situados más allá de la vida, al través de sus versos. Es lástima. ¿Cómo conocer a fondo el alma de Musset, de Chopín, de Hugo, de Liszt, sin las cartas de amor que de ellos nos

han quedado? Aquel precioso documento nos habría descifrado el enigma de su alma torturada, más complicada y sutil de lo que pudo sospecharlo don Miguel de Unamuno, docto rector de la Universidad de Salamanca y mediocre prologador de sus versos.

Entretanto, dos años han pasado. Un día el vacilante edificio de los negocios vino al suelo. Cruzados los brazos, con su madre y su hermana a su cargo, Silva quedó frente a la vida. ¿Qué hacer?... Quizás si se hubiera encontrado solo, habría adelantado en esos trágicos momentos la hora de su muerte: pero él tenía que luchar por los suyos. Ocurrió entonces lo que fatalmente tenía que suceder: sus ojos se volvieron hacia el gobierno, dispensador omnipotente de toda vida en países como el nuestro. Se le ofreció un empleo diplomático. Silva siguió a Caracas como secretario de legación. Lejos de mí el formular vanas críticas, pero al pensar en lo que sería hoy su obra literaria si entonces se le hubiera asegurado, como con tantos otros se hacía, un poco de tranquilidad en un medio europeo, vuelven a mi memoria las más tristes palabras que puedan pronunciar humanos labios: pudo haber sido! Cierto es que Silva no era hombre político, y pocos preveían que su nombre habría de dar un día lustre a su patria. Su sueldo era exiguo y tendría que repartirlo con su familia, que permaneció en Bogotá.

No obstante su carácter íntimo y los comentarios a que puedan dar lugar, creo pertinente reproducir la carta que Silva me dirigió de Caracas: no existe detalle ocioso cuando se ensaya hacer luz en la vida de quien ya entró a la historia y fijar sus ideas, sobre todo en tratándose de uno de los raros documentos epistolares que se posean de Silva.

Caracas, noviembre 11 de 1894.

Mi viejo Emile:

El Heraldo me ha dado noticia de tu instalación como corre-

dor y me ha hecho ver que no duermes en la cacería al real, como dicen aquí. Voy por ésta a poner en juego tu no desmentida actividad y tu cariño por mí en un asunto de tu oficio de hoy, y como *time is money*, al grano.

Cuenca y Delgado me consiguieron, días antes de venirme, cien pesos en plata venezolana, pesos, *cinqueñas*, pesetas de a dos, reales y medios, al 100 por 100 de premio, precio alto, pero que les pagué porque ya me venía. Creo que en Bogotá algo podrías conseguirme en esa moneda, pero al recordar que Luis está en Cúcuta, donde creo que corre mucha y que en todo caso si en Cúcuta no se obtiene, él te podrá indicar el camino para comprarla en la frontera, se me ocurre suplicarte que te dirijas a él y que veas modo de trasmitirme inmediatamente el resultado de tus diligencias.

Ahora no me vaya a salir con que no me cobra comisión, en primer lugar porque *business is business*, y en segundo lugar porque si no me hace esas diligencias tengo que consignármele a mi *patrón* Manuel Núñez, que gasta media hora para rebullir cada pie, y entonces estaré *fregado* con *F* mayúscula. La cantidad que puedo comprar son más o menos \$ 3,500 anuales si se consiguieran al 100, y tú recibirías el papel moneda en febrero y agosto, de Julio D. Mallarino, que será a quien se la entregas.

Como lo habrás comprendido, se trata de la conversión de mis sueldos, que al reducirlos a oro al 300, quedan reducidos a una cosa exigua y que de este modo se aumentarán. Inútil creo encarecerte, mi viejo Emile, sabiendo el interés que tienes por mí que trates de conseguirme esa moneda lo más barata que se pueda. Cada real que me economices en la compra será un real para encargarme a Europa libros y revistas con qué bestializarme, y para apurar la publicación de los «Cuentos Negros» y de «El libro de versos», en los cuales estoy trabajando con todas mis fuerzas.

Cuatro palabras sobre mi vida aquí. Teníamos razón, viejo, en nuestras charlas de los paseos a San Diego. El primer deber de un hombre que aspire a algo, es salirse de entre el papel-

moneda, la política y el mal humor colombiano. No cejes en tu empresa de dejar la tierra.

Aquí me han recibido como no merezco; no sé cómo hacer para devolver atenciones y bondades y fiestas. El país va bien, rebosa de oro, tiene el sentimiento del arte y adora la buena literatura. En Bogotá hay muchos que creen lo contrario en lo referente a los dos últimos puntos; pues bien, están equivocados de medio a medio.

Por uno de estos correos próximos te escribiré contándote muchas cosas que te interesarán grandemente. Hoy sólo me queda tiempo para suplicarte que saludes cariñosamente en mi nombre a tu madre (c. p. b), que le digas que confío en que irá frecuentemente a ver a Vicentica (1) y a Julia. Dos buenos abrazos a Ravachol Plata (2), y al *carabin* Vargas Suárez (3), y para ti mi cariño de siempre.

JOSÉ A. SILVA.

P. D.—No le hables a nadie de la cuestión compra de moneda venezolana, porque si lo saben Balcazar, y el *patrón* Manuel Núñez y Cuenca y Delgado, creen que es algún negocio que estás haciendo y se ponen a hacerla subir, aun cuando no la necesitan y nos la encarecen. Ah, Bogotá encantador, ¿no te parece? Adiós, viejo!

SILVA.

Como se ve, las palabras de Silva confirman, sin necesidad de más amplios comentarios, el desequilibrio existente entre su

(1) La señora madre de Silva.

(2) Don Pedro Uribe, llamado por sus íntimos, Ravachol, a causa de sus ideas demoleadoras.

(3) El doctor Jorge Vargas Suárez, entonces estudiante de medicina.

medio y su personalidad. Ese desequilibrio él lo sentía y lo lamentaba. Más de una vez ensayó con firme voluntad el adaptarse, pero fué en vano. En esa lucha, él tendría que sucumbir. De ella no fueron responsables ni la ciudad ni el hombre.

Sea esta la ocasión de recordar que Silva deseaba para sus poesías una de aquellas ediciones inglesas, en el estilo de las de Walter Patter, nítidas, severas y elegantes, muy distinta por cierto a la económica que conocemos, impresa en Barcelona, y que ni siquiera lleva el título que le diera el poeta. Hallándome en New York en 1902 ocupado en revisar la segunda edición que allí se hizo de mi libro *Tierras Lejanas*, quise cumplir con un deber de amistad para con la memoria de Silva y hacer la edición de *El Libro de Versos* según él la deseaba, a cuyo fin me dirigí a la señora madre del poeta dándole cuenta de mi intención y solicitando se me enviaran los manuscritos. En carta fechada en Bogotá el 24 de mayo de 1902, la señora Gómez de Silva me dice:

«...Mucho sentí el no haber hablado con usted antes de su viaje, respecto a su entrevista con Rivas y a la galante oferta suya de la publicación de los versos de José. Hasta ayer que vino Rivas espontáneamente a traerme todo lo que tenía en su poder, supe por él mismo que no le había entregado nada a usted, lo cual ha sido para mí una verdadera contrariedad, pues conociendo el gran cariño que tuvo usted por José, sabiendo cuán bien conoce y sabe estimar sus producciones, uno de los más grandes alicientes para mí al publicarlas es el que ésto se haga bajo su dirección, la cual me ofreció usted tan galante y desinteresadamente, y que siempre sabré agradecer».

Circunstancias ajenas a mi voluntad y a la de la madre del poeta, impidieron, por desgracia, la realización de aquel proyecto.

Los deberes de su cargo como secretario de la legación de Colombia, en Caracas, el cultivo de la poesía—allí escribió la bella oda *Al pie de la Estatua*—y el trajín de su obligada vida mundana, no le impiden mirar a su alrededor en busca del negocio o de la industria que, siendo nuevos en Bogotá, y a fin de

«librarse de la esclavitud del puesto», pudiera establecer allí algún día. Creyó descubrir lo que necesitaba en la fabricación de baldosines de colores, industria próspera en Caracas. Tras mucho estudiarlo y consultar por cartas sobre la posibilidad de conseguir capital en Bogotá, regresó a Colombia en uso de licencia, guardándose así una retirada para el caso de que sus proyectos no pudieran realizarse.

En la Guaira se embarcó en el vapor *Amérique* llevando consigo los manuscritos de los *Cuentos Negros*; mas ocurrió que el barco hizo naufragio al segundo día de navegación, no lejos de las costas colombianas. En el siniestro, que afectó hondamente su sistema nervioso, Silva perdió con su equipaje los originales de sus novelas cortas, entre otras el de *Un ensayo de perfumería* y el de *Del agua mansa...*, que luego no tuvo ocasión de rehacer. Recogido por un velero, regresó a Caracas. «Pero ya sus ojos— escribe Pedro Emilio Coll—no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba como un desaire de las apariencias mundanas. Sus barbas descuidadas y su enflaquecido rostro, eran los de un asceta». No había de qué extrañarse: Silva no venía de una jira de placer ni acababa de salir de casa de su sastre.

Corto tiempo después regresó a Bogotá. Al contemplar desde la ventanilla del tren, en la distancia, los campanarios de la adusta ciudad que él había cantado en *Día de Difuntos*, seguramente no pudo dominar vaga ansiedad: ¿qué le esperaba allí?... Nueva vida empezó entonces para Silva. Resuelto a adaptarse al medio, que hasta ahora le había sido hostil, quiso hacerse una mentalidad. Por lo pronto no volvió a escribir; en cambio fué predicador constante de la energía y del cultivo de la voluntad. Se hablaba poco de literatura con él, entonces. Parecía que quisiese producir impresión de hombre práctico—no debe olvidarse que él había sido comerciante—que se interesaba ahora más por el valor de materias primas y jornales que por el de las ideas. Quizás era sincero y obraba bien: él sabía que en tales instantes

jugaba una partida decisiva. En la elegante oficina que había tomado en alquiler, se reunían los accionistas de la empresa, que habían ya suscrito capital, y los trabajos preparatorios comenzaron. Entretanto, había vencido el término de la licencia.

Se vió entonces al autor de los *Nocturnos* montado en un caballo de no mucho brío, con jipijapa, ruana azul y zamarros de caucho, recorrer las calles de la ciudad en dirección del sitio en donde funcionaría la fábrica. ¡Dios me perdone si todavía pienso que Silva vestía aquel traje para dar a entender públicamente que renegaba de libros de caballería y que había ya entrado definitivamente al rebaño: vano esfuerzo! Después de vencer muchas dificultades, logró fabricar algunas docenas de baldosines, que se exhibieron en la oficina del gerente como muestrario de la futura producción. Jamás hubo empresario que como él mereciera haber conocido el éxito.

Si durante el día en esta época de su vida—la última—Silva parecía no interesarse sino en las cosas relacionadas con su negocio, en la noche, en su casa, era el mismo de otros tiempos. Secundado por su madre y por su hermana hacia los honores con aquella natural distinción que le era peculiar. Brillante *causeur*, salpicaba sus relatos con anécdotas picantes, con epigramas incisivos. Poseía también el don—que sólo mostraba en la intimidad—de remedar a personalidades conocidas, lo que le valió desagrados. Siempre resultaban cortas las horas que se pasaban con él y con su familia.

Y así llegó la mañana del domingo 23 de mayo de 1896. A la primera luz de aquel día, se me avisó que Silva acababa de matarse. ¿Era posible? Un compromiso adquirido me había impedido ir a tomar el té en su casa en la noche anterior, la del sábado. Pronto estuve en su residencia de la calle 14. Pocas personas todavía debido a la hora matinal. Entre ellas recuerdo a don Luis Durán Umaña, grande admirador de Silva y amigo suyo y de la familia, a quien aquel dirigió de Caracas cartas que luego han sido publicadas.

Se me introdujo a su alcoba. Todavía el cadáver no había sido colocado en el ataúd. Allí estaba el poeta, a medio vestir, incorporado en el lecho, sostenido por almohadas, cubierto hasta la cintura por los cobertores, un brazo recogido sobre el pecho, el otro extendido sobre las sábanas, la cabeza de Cristo ligeramente tronchada sobre el hombro izquierdo, los ojos dilatados y los labios entreabiertos, como si interrogase a la muerte. Una paz sobrehumana había caído sobre su rostro de cera.

Ese era su cadáver: fuente ya agotada, arpa para siempre muda, árbol que no reverdecería en nuevas primaveras. ¿Todo había muerto en él? No, felizmente: quedaban unas páginas en las que había vertido su pensamiento, lo mejor de él mismo, que no moriría, ya que sus versos, al través del espacio y del tiempo, podrían despertar una emoción o ser causa de un suspiro.

La obra poética de Silva, sin ser muy abundante, no debe ser considerada como del dominio exclusivo de nuestra literatura: ella es más bien patrimonio de nuestra lengua. Pero aquí no debe mirarse a la extensión. Como Flaubert o Heredia, con una pincelada, o sea, con un adjetivo, Silva expresaba un estado de alma o pintaba un paisaje. Otros poetas se han complacido en diluir esa emoción en varias estrofas. El origen de su inspiración constituye su originalidad, así como el corte de su verso; y cuando su musa, contrariada, va a llenar su ánfora en la fuente de predios vecinos, el agua pierde su frescura. Así vemos que su oda a Bolívar, *Al pie de la estatua*, carece del estro que inmortalizará la de Caro; y que el único soneto que de él conocemos, *Paisaje Tropical*, no se halla a la altura de producciones similares de muchos de nuestros poetas descriptivos. Pero si otros han levantado templos de mármol y pulido estrofas en metal más duro, ninguno, salvo quizás Pombo, ha tejido arabescos con más misterioso dibujo y engarzado en la trama enigmas más profundos. El, como se dijo de Regnier, acomodó la poesía al ritmo de su vida. El formó sus versos de sombra de noche y de mirajes de luz, acordándolos a una actitud de mujer, a una mirada, a un sonido, a un

nada sugestivo, ya que sus mujeres no interrumpen el silencio de los mudos coloquios. El las interpreta y les arranca su secreto, como lo hace con el marfilino crucifijo, con la sortija de anticuada montura, con el viejo retablo en donde se deshace la pintura. Allí está Silva en su elemento. aquel es su huerto, en donde no crecen rosas ni laureles, sino pálidos asfodelos. Aquel es su dominio, como el de otros es el jardín antiguo, a la orilla del mar azul, en donde bajo un sol de fuego danzan centauros y ninfas. Pero la antigüedad y la mitología, ya desprestigiadas con justa razón en literatura, nada dijeron a Silva: a la flauta de Pan, él prefería el murmullo plañidero del viento al pasearse en las casas abandonadas. Esta fué su fuerza. Así consiguió dar al verso, ritmándolo de la manera que le es peculiar, una infinita melancolía y producirnos la impresión de que sus sensaciones son las nuestras al hablarnos de cosas y de emociones que nosotros conocemos como él. Pero ésto no es sino arte mágica de poeta: todos hemos visto «un reverbero viejo, un chupo y un pañal», y pensamos que tales utensilios son los mismos inventariados en *Sus dos Mesas*. Mentira! Los del poeta son inmateriales, producto de un juego de luz, no tienen semejanza alguna con los que conocemos. Igual acontece con las sensaciones. Tal es el sortilegio del arte. ¿Dónde termina la ilusión? ¿Dónde comienza la realidad? Silva mismo no lo sabía. Su vida se deslizó en una región indecisa, al margen de la una y de la otra, a mitad quimérica, a mitad verdadera, entre los libros y los cheques de banco, sin conocer la exacta representación de esos dos signos cabalísticos. La realidad se impuso un día, y él tuvo que morir. Como revancha de su genio, sus versos, por los que se siente pasar un soplo de la tristeza universal, prolongan su vida en una onda de armonía.

¿Cómo se cumplió el drama? En la noche anterior la familia de Silva recibió la visita de algunos íntimos. Durante ella José

Asunción se mostró, más que de costumbre, regocijado y espiritual. Avanzada la noche aquellos se retiraron. Cuando en la mañana del domingo la vieja sirvienta—descendiente de esclavos que los Diagos, antepasados de Silva habían poseído en sus propiedades del Cauca—lo llevó el té, descubrió el drama y dió el grito de alarma.

En un cenicero, en la alcoba, se veía gran cantidad de colillas de cigarrillos, lo que sugiere la larga agonía que precedió a la resolución fatal. Al empuñar el arma, pudo exclamar con el trágico:

¿Y qué me resta ya?... Morir! La tarda
 Libertadora en el portal me aguarda:
 Su helado beso es ósculo de amor.
 Ella me brinda el redentor nepente
 Del olvido en sus labios. Oh, clemente
 Segadora inmortal, a ti loor!

Ni una carta ni una palabra de adiós. El arma, un viejo revólver marca Smith y Wesson, yacía sobre el lecho al alcance de la mano. La bala había traspasado el corazón. La muerte fué instantánea. Para ejecutar con facilidad su gesto, habíase quitado la americana, el chaleco y la camisa y había vestido su camisa de dormir, conservando el pantalón, negro a finas rayas blancas, las medias punzó de seda—de moda entre los dandys de la época—y los zapatos charolados. En ese traje lo pusimos en el ataúd. Se ha escrito que Silva se vistió de frac para morir. Quienes tal leyenda divulgan—y muchas han sido las leyendas tejidas alrededor de su memoria—ignoran la personalidad del poeta, quien gustó siempre del tacto, de la *measure* y de las actitudes discretas. Tampoco es exacto que al alcance de su mano se encontrara el *Triunfo de la Muerte*, de d'Annunzio.

El drama que acababa de cumplirse, revelaba a los amigos de Silva el aspecto más doloroso de la tragedia: no obstante su

esfuerzo por continuar la lucha, desde hacía meses él veía desquiciarse su mentira vital. El disparo que lo mató sólo fué punto final de un largo drama interior que, como sucede siempre en casos semejantes, pasó inadvertido para el público, para su familia y para sus amistades. Días antes, como se hallara en el consultorio de su buen amigo el doctor Juan E. Manrique, quien lo trataba para combatir una real o imaginaria depresión nerviosa, Silva se hizo indicar—como de paso y sin dar importancia a la consulta—el sitio exacto del corazón. Esto corrobora que la diátesis del suicidio roía de tiempo atrás su cerebro.

Largo rato después de mi llegada, se me comunicó que la madre del poeta nos comisionaba a don Luis Durán Umaña y a mí para practicar una visita en la oficina de José Asunción. Esa oficina, que por su decoración y mobiliario se diría la de un empresario de teatro y no la de un fabricante de baldosines, la conocíamos bien. En un cajón del escritorio encontramos una libreta de cheques del Banco de Bogotá. Ansiosamente la examinamos. El talón del último cheque, girado el día anterior decía textualmente así: «A favor de Guillermo Kalbreyer, florista. Un ramo de flores para la Chula, \$ 4.00». La Chula era el nombre de cariño que en la casa se daba a la hermanita menor de José Asunción, hoy la señora doña Julia Silva de Brigard. Hecho el balance sobre la misma libreta, descubrimos que el saldo disponible en el banco, alcanzaba a pocos centavos. El valor de las flores obsequiadas a su hermana, representaba todo el capital de Silva en el día de su muerte. ¿Quién podrá escandalizarse ya de las lágrimas que derramó el poeta sobre el cadáver de Elvira?

Era un mediodía luminoso. Después de llenadas las formalidades de autopsia en la oficina médico-legal, situada entonces en el palacio de la gobernación, y durante la cual los asistentes nos dispersamos en el vecino jardín, el largo cortejo siguió camino del cementerio de los suicidas, sitio maldito, situado no lejos del lugar en donde se depositaban las basuras de la ciudad. La ley

civil, lo que demuestra que la modalidad colonial perduraba en aquel tiempo, impedía dar al poeta más decente sepultura. Enterrarlo, y no quemar su cadáver o arrojarlo al estercolero: tal fué la sola concesión que los oidores de su ciudad natal, en el año de gracia de 1896, hicieron al autor de *El libro de versos*.

La última vez que vi a Silva, fué cuando el enterrador, antes de sepultarlo, levantó la tapa del ataúd para extender una capa de cal sobre su rostro. Comprendí entonces el hondo sentido de la estrofa:

Y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
en un negro ataúd de cuatro planchas
con un montón de tierra entre la boca!

París, abril de 1934.